

Sin embargo, las víctimas de aquella sesión de castigo eran autoridades académicas burguesas y reaccionarias, enemigas de todas las facciones por igual y, por lo tanto, condenadas a soportar los feroces ataques procedentes de todas ellas.

A diferencia de otros «monstruos y demonios»<sup>[3]</sup>, los miembros de las autoridades académicas tenían algo en común: al principio todos se mostraban invariablemente desafiantes y orgullosos, motivo por el cual en esas primeras rondas murieron en mayor número. En el transcurso de cuarenta días, solamente en Pekín, más de mil setecientas víctimas fueron vilipendiadas y torturadas hasta la muerte en sesiones similares. Aún más numerosos fueron quienes escogieron atajar el camino hacia su aciago destino. Eminentes literatos como Lao She, Yi Qun, Wen Jie y Hai Mo, los historiadores Wu Han y Jian Bozan; Fu Lei, traductor al chino de Balzac, el meteorólogo y geofísico Zhao Jiuzhang y muchos otros optaron por terminar con sus otrora honrosas y respetadas vidas.

Los supervivientes de aquella etapa inicial se volvían insensibles al dolor conforme discurrían las sesiones, gracias a una suerte de coraza mental que los protegía del completo colapso emocional. Con frecuencia parecían entrar en un trance del que solo despertaban cuando alguien les gritaba en la cara para obligarles a recitar mecánicamente sus confesiones por enésima vez.

Después de aquello, había quienes entraban en una tercera etapa: las infinitas e interminables sesiones conseguían calar en su cerebro como si fuera mercurio; hacerles ver vívidas imágenes políticas hasta que el edificio de sus mentes, erigido por el entendimiento y la racionalidad, sucumbía a los embates y terminaba colapsándose. Comenzaban a creer que eran culpables, que habían perjudicado la gran causa de la Revolución, y rompían a llorar amargamente y a pedir clemencia con un arrepentimiento mucho más sincero que el de aquellos monstruos y demonios que no eran intelectuales.

Para los guardias rojos, las sesiones de castigo de quienes se encontraban en esas dos etapas mentales carecían de emoción. Solo aquellos monstruos y demonios que aún se hallaban en la primera fase conseguían, como el capote del torero, proporcionar a sus desbocados cerebros la excitación que ansiaban para seguir embistiendo. Esa clase de sujetos era cada vez más escasa; en todo el campus de Tsinghua quedaba solo uno. Y precisamente por ser tan raro lo habían reservado para el final de la sesión.

Hasta entonces Ye Zhetai, profesor de Física, había sobrevivido a la Revolución Cultural sin pasar de la primera fase mental: ni había reconocido culpa alguna, ni se había suicidado, ni había entrado en trance. Al subir al escenario y presentarse ante el público, su expresión era la de quien acepta con determinación cargar sobre sus hombros la cruz que se le impone.

Si bien la carga que los guardias rojos le hacían llevar no era una cruz, pesaba igual o más: a las otras víctimas les colocaban sombreros de bambú, pero a él le habían puesto uno hecho con gruesos barrotes de hierro. Del mismo modo, la placa